



EN ÉL VIVIMOS,
NOS MOVEMOS
Y EXISTIMOS

*En el meollo: «Existir y consistir. Un debate entre
Aristóteles y santo Tomás de Aquino.»*

«El amor hizo nuevas todas las cosas»

Estimado lector:

No en vano, para concluir cada año litúrgico, la Iglesia nos propone celebrar la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo. Un rey que gobierna, no por la fuerza y la intimidación, sino por la mansedumbre y el servicio. Un rey que viene con poder, mas no para aniquilar sino para renovar todas las cosas. Un rey que tiene por trono una cruz; un rey que vence por el amor. Pero, –podrán acotar algunos– ¿cómo pueden seguir soñando despiertos cuando la realidad cuenta una historia diametralmente opuesta? ¿Cómo seguir creyendo en el amor cuando nos «devoramos» irremediamente?

Estas interrogantes son el gran velo rasgado en la Navidad, colocándonos ante el misterio de un Dios que se nos da en la fragilidad de un recién nacido; de un rey que se ciñe la túnica para lavarnos los pies; de un Cristo tras-pasado de manos y pies, que parecía derrotado en la cruz pero que salió victorioso del sepulcro en la mañana del domingo. También hoy el amor sigue pareciendo impotente a los ojos de tantos. Son muchas, como diversas, las situaciones concretas en las que el rostro del amor se torna irreconocible tras las cuchilladas del odio, las bofetadas de la indiferencia, los golpes de la infidelidad. Situaciones de las cuales los cristianos no estamos exentos, y que, no pocas veces, logran obnubilar nuestra mirada.

«El Amor no es amado», era el grito del «*poverello* de Asís» y no sin razón. Unos porque no lo conocen, otros porque lo han rechazado, otros que aun-que conociéndolo, le han descuidado. Este número de Seminaristas Hoy quiere motivarnos a examinar cómo está nuestro amor. Para ello, además, nos acercaremos a la vida de dos hombres que, acogiendo la simiente del Reino, la simiente del Amor en sus vidas, dieron abundante fruto de santidad: santo Tomás de Aquino y san Ambrosio de Milán. Pidamos para que estos santos doctores nos alcancen del Señor la gracia de estar atentos a su paso por nuestra vida.

Seminaristas Hoy



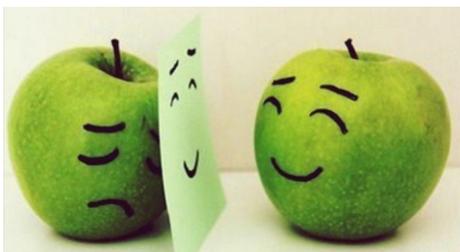
¡No es negociable!

Dariel Hernández Suárez

1ro Filosofía (Camagüey)

La transparencia es esencial en el camino vocacional: ser tú mismo ante los demás, mostrarte tal cual eres, no es negociable. Si quieres entregar la vida a Cristo, la Verdad, no puedes vivir cubierto por la mentira. Él te ha llamado a ti, no a tu fantástico personaje de Marvel.

En mi corto camino de fe, he tenido la experiencia de conocer, y descubrir la tristeza con que viven algunas personas: amigos, compañeros, familiares y conocidos; precisamente porque se han pasado la vida fingiendo ser alguien más.



Esto también lo he descubierto en mi persona, y no hay nada que me haya hecho más infeliz. Es insostenible una vida así. En algún momento se explota y todo se abandona, sobre todo a Dios. Claro, nada nos puede alejar más de Él; de ahí la infelicidad.

Ser transparente, no es fácil; enfrentarte a tus miedos, complejos, defectos, pecados y debi-

lidades cuesta mucho. El deseo de huir no te abandona. Muchas veces sales golpeado y herido, en crisis, enfadado, deprimido, etc... pero no hay otro camino a la Resurrección, sino pasando por la Cruz. «El que no tome su cruz y me siga no es digno de mí» (Mt 10,38).



Cuando abres la puerta a Dios y te muestras tal cual eres, comienzas a ser persona. Jesús derrumba todo tu castillo de naipes, todas las seguridades que te alejaban de Él y de ti mismo. Se comienza a caminar hacia adelante y a dar pasos firmes en la vida. Se visualiza el oro que llevas dentro, el que Dios ha puesto en tu interior y que con el pecado se ha cubierto de barro. La vida se vuelve vida verdadera.

Todos somos hijos de Dios; Él es nuestro Padre y creador, nos conoce más que nosotros mismos, de nada vale pues intentar engañarlo. Atrévete a ser transparente y Dios te mostrará el camino.♦

¿Puede más la herida?

Reynaldo Rodríguez Labrada

3ro Filosofía (Camagüey)



Mucho hemos invertido, filosófica y teológicamente en escudriñar la realidad de «caída» presente en el hombre. Una y otra vez hemos volcado nuestra reflexión especulativa y hermenéutica sobre un ser humano distanciado de su Creador e incluso deshumanizado, fruto, en efecto, de esta realidad de pecado.

Aun tornándose ineludible esta situación constitutiva de la persona, existe algo incluso más fuerte y esencial en lo que intentaré enfocar, en adelante, mi reflexión. Una mirada que realce la estructura original del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios. Una reflexión que revitalice la noción auténtica de la persona, noción que ha sido en cierto modo adormecida ante la recurrente crítica. Una mirada esperanzadora que fija su objeto en la génesis misma de la persona.



En el acto creacional de Dios, el hombre figura como centro constitutivo, como culmen de un proceso que encubre en sí la bondad misma de Dios. En efecto, esta muestra de bene-

volencia condiciona la creación en todo su conjunto. Pero no es este un condicionamiento coercitivo de la persona; muy por el contrario, es la huella de Dios en su actuar, es el sello que permea todo cuanto ha sido obra de sus manos. Cuando vemos el símbolo de Ferrari, enseguida asociamos a la marca un conjunto de características: aerodinamicidad, confort, velocidad. En tal manera, el hombre resguarda potencialmente en su interior una especial disposición, un sinnúmero de cualidades que apenas coloca al descubierto, dones parcialmente utilizados, habilidades mediocrementemente explotadas.

La exclusiva preferencialidad de Dios, se muestra evidente ante la incuestionable riqueza que llena el alma de la persona humana. Si bien es cierto que existe una herida, que nos hemos distanciado del Creador, que apenas le reconocemos, algo en nuestro interior grita con mayores fuerzas: «Somos Buenos». Esta certeza nos viene dada por transitividad; innegable es el sello de bondad que, fruto del Buen Dios, llevamos en nuestro interior.

Cabría preguntarse entonces: ¿puede acaso más la herida del pecado, que el sello ineludible de la acción de Dios? En Jesús, precisamente, encontramos respuesta a nuestro cuestionamiento. El misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, podríamos decir, con-

templa una doble dimensión para la experiencia vivencial del ser humano: salvífica y recordativa. Es evidente la dimensión salvífica, pero, ¿qué tal la «recordativa»? ¿a qué intenta hacer referencia?



En efecto, la persona de Jesús es semejante en todo al hombre, excepto en el pecado (Heb 2,17-18). En contraste, Jesús recuerda al mundo el auténtico y original misterio del hombre. Sería un redescubrir el misterio mismo del ser humano que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Por consiguiente, la humanidad plenificada significaría la ascensión al proyecto original del Creador, un volver a los orígenes, ese en el que el propio escritor sagrado nos avalará diciendo: «Y vio Dios que todo era bueno» (Cf. Gn 1,31).

Este ventajoso sello que todos llevamos, sin lugar a dudas es más fuerte que la herida de nuestra falta. Admitir lo contrario sería minusvalorar la obra misma de Dios y disminuirla frente a la experiencia degradante del pecado. Una mirada profunda del ser humano nos permitirá redescubrir la grandeza que persiste en lo profundo de nuestro ser. Tal vez por ello San Agustín insista en decir: «te buscaba en las cosas fuera de mí, y sin embargo estabas muy dentro de mí». Aun cuando la realidad del pecado asome persistentemente en el hombre, éste habrá de recordar quién es su Autor y qué significa tal sello que fija y dispone su alma.

La persona humana es mucho más que su experiencia de pecado. Su alma maneja un lenguaje capaz de trascender aquello que le esclaviza; su amo es otro, y no precisamente el pecado. Hemos divagado tanto en la caída, que terminamos por olvidar nuestra proveniencia de la Gracia. «Él nos eligió en la persona de Cristo antes de crear el mundo, para que fuésemos santos e irreprochables ante Él por el amor» (Ef 1,4).♦

Lectura recomendada

Ser presbíteros hoy

No es posible reflexionar sobre la vida sacerdotal sin abordar en serio algunos de los temas que hoy son decisivos: la oración, el celibato, la santificación y la predicación. El convencimiento que anima al autor en este diálogo cordial es que los problemas que afectan a los presbíteros inciden profundamente en el conjunto del tejido eclesial donde se hallan insertos y en la renovación de las comunidades que tienen encomendadas.



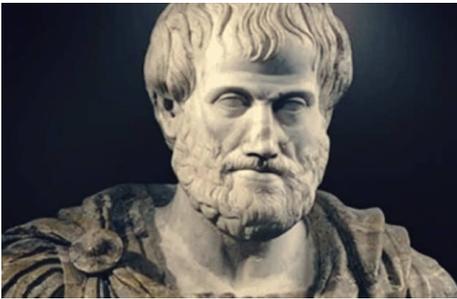
Existir y consistir. Un debate entre Aristóteles y santo Tomás de Aquino

Jimmy M. Nieves Justo

Profesor



Buscando interpretar la metafísica aristotélica por sí misma, librándola de las precedentes exégesis musulmanas, e intentando hacer de ella un instrumento especulativo apto para servir a la sistematización teológica cristiana, santo Tomás de Aquino produjo una innovación que alteraba profundamente su sentido original.



El Estagirita había advertido que las confusiones en que incurrieran sus predecesores a propósito de la fundamental problemática de *ser* procedían de no haber captado la vigente plurivocidad no equívoca en los usos del término «ser». Y que esta plurivocidad constituía un complejo sistemático. Distingue, pues, primeramente, tres órdenes de significación: el ser intransitivo como *existir* de algo determinado, el ser predicativo que *articula* el ser-algo-alguna cosa, y el ser veritativo-ocurrencial por el que un enunciado es *verdadero* en cuanto la situación objetiva que enuncie sea *el caso*.

Pero Aristóteles, como en toda la ontología griega desde Parménides, centra su investigación en la segunda rúbrica. Distingue en ésta, pues: el ser fortuitamente coincidente y el ser que despliega en la determinación predicativa la naturaleza misma del sujeto *en el respecto en que se le considere*. Este respecto constituye la correspondiente *figura* de la predicación o *categoría*. La primera de todas las categorías es aquella que acusa la naturaleza inderogable y, en todo caso, siempre presente del sujeto en cuanto sea *él mismo*: la *esencia*. Ahora bien, toda determinación predicativa se predica como algo de lo que el sujeto es capaz o como algo que en él se da cumplidamente. Dicha determinación el sujeto la es «en potencia» o la es «en acto». Como se ve, esta doble condición corresponde, para Aristóteles, al *ser predicativo*, y no a la *existencia* de la cosa o a la *ocurrencia* de la situación.

Pues bien, el Aquinate *invierte* lo que en aquél se daba como *ser-en-potencia* y *ser-en-acto*, de modo que ahora aparecen como *potencia* y *acto* de ser. Con ello pone esta doble determinación *fuera* del ser predicativo. Acto de ser es el *ejercicio* de ser de la esencia (*actus essendi*) por el que esta se halla como existente y, por ende, como tal o cual ente determinado. Así, mientras Aristóteles refería la potencia a la materia y la actualiza-

EL MEOLLO

ción a la forma o *esencia*, el santo de Aquino hace de la esencia una vacía virtualidad (en la que materia y forma se dan ya unidas) que requiere, para ser llevada a la existencia, un acto de ser que ella no puede procurarse a sí misma –salvo que la esencia sea su mismo acto de ser y coincida así sin residuos con su existencia, esto es: salvo que se trate de Dios.

De este modo, hacía que la esencia de todo lo que no fuese Dios mismo reclamase el acto por el que viene a existencia y se sostiene en ella de Aquel que es entera y solamente acto. Asegura metafísicamente (por la sola razón natural) la esencialísima precariedad de todo lo existente –y del todo de lo existente: el universo– y ese como desfallecimiento o vanidad de todo lo real en sí mismo, que le incapacita, por su más radical y propia condición ontológica (que se llama así «finitud»), para simplemente ser por sí. En una palabra: «demuestra» que, si bien la *creación* es sin duda un acto *libre* de Dios, respecto del todo del mundo y de cada cosa en él es, en vistas de su ser, una *necesidad* exigida por la propia naturaleza de las cosas.

Pero así como nada perturba la nobilísima intención de San Anselmo el que el mismo Tomás tache de *no concluyente* su célebre prueba ontológica, y el que primero Kant –objetando que la existencia *no es un predicado de cosas*–, y más tarde, al fin, Frege –mediante un análisis concienzudo de la misma noción de *existencia*–, muestren definitivamente su error, así también es preciso señalar que esta elaboración metafísica del Aquinate

yerra la comprensión del concepto de existencia e incurre en circularidad. Lo segundo, porque iguala *ser* y *acto de ser*. Lo primero, porque establece una equivocada analogía entre *existir* –entendido como el modo primario y propio de *ser*– y *ejercitar* una determinada actividad como, por ejemplo, *vivir*.



Vivir es aquello en lo que *consiste* la vida. Está del lado de la *esencia*, no del lado de la *existencia*. Pero entonces hay que admitir que la esencia de algo real no es una significación inmóvil, sino una actividad real. La «cosa» viva sólo lo es porque vive. Vida es vivir. Y si digo de algo que *vive*, enunció su *vivir* como *siendo el caso*, y como siéndolo ahora, en el presente o en este momento. Esta ocurrencia y producirse de su vivir incluye la existencia del viviente. Pero no se reduce a ella. Hay un viviente que es este: la escueta existencia misma consiste solo en lo que indica el esquema: hay un..., el cual es... La existencia es, en todo caso, la de algo determinado: *un viviente que es este*. ¿En qué consiste este viviente? –En su vivir mismo. Existir, consistir, ocurrir. Determinaciones que constituyen la integridad compleja –y formalmente variante– de *ser*.♦

«Aquí estoy, porque me has llamado»

Ricardo Rodríguez Gómez

3ro Filosofía (La Habana)



A los nueve años, después que hice la primera comunión, fui monaguillo en mi parroquia. Con el tiempo fui adquiriendo un gusto especial por este servicio en la Iglesia, así que pensé que podría tener vocación al sacerdocio... pero también pensé que eso no era motivo suficiente, y con el tiempo fui olvidando aquella idea. Hice mi propio proyecto de vida: universidad, trabajo, boda, familia. Ya con treinta y tres años había estudiado y trabajaba en la universidad, solo faltaba casarme para comenzar la familia.

Una tarde mi párroco me invitó a ser ministro extraordinario de la comunión. La idea me pareció estupenda y le dije que sí. A los pocos días me encontraba pensando en el tema, de cómo ayudaría al padre visitando a los enfermos y llevándoles a Jesús Sacramentado... de pronto tuve una idea un poco desconcertante: «¿Y por qué no ministro ordinario: sacerdote?». Entonces me asusté un poco, porque eso ya no estaba en mis planes, y mucho menos después que había pasado los treinta. Así que traté de confirmar que existía un límite de edad para entrar al Seminario y así poder seguir con mis planes. Pero los planes de Dios eran otros: en esa búsqueda descubrí que no había un límite de edad.

Aquella idea no se me quitaba de la cabeza. Entonces decidí hablar con mi párroco y con-

tarle lo que me estaba ocurriendo. Él me dijo que no tuviera miedo, que si esa inquietud venía de Dios y era su deseo que yo siguiera ese camino, Él mismo me lo mostraría. Y lo hizo. En la Misa de despedida del Cardenal Jaime Ortega en la catedral de La Habana, cuando él estaba leyendo su discurso de agradecimiento, apartándose de lo que tenía escrito dijo: «Seguir a Cristo, joven, es algo maravilloso; se lo digo a los jóvenes que estén por aquí, que si alguno tiene la inquietud, no esperen años». Aquellas palabras me estremecieron. Aun así yo seguía resistiéndome, pero Dios me fue dando otras pistas, sobre todo en la oración, hasta que al final me dije: «Ricardo, si quieres ser feliz no puedes decirle que no a Dios». En septiembre de 2017, dejé mi trabajo, mis proyectos, y entré al Seminario siguiendo el proyecto de Dios para mi vida.

Cada día voy descubriendo lo que significa ser sacerdote. Estoy convencido de que Dios me invita a seguirle de este modo y le agradezco por semejante regalo inmerecido. Lo sé porque soy feliz, incluso en los momentos más difíciles. Y es cierto, la idea del sacerdocio asusta un poco, pero todo se puede con la gracia de Dios; sabiendo que Él no llama a los que están capacitados, sino que capacita a los que llama.♦



Mi amigo santo

Rodolfo Sánchez González

3ro Filosofía (Matanzas)

Quiero referirme al venerable padre Félix Francisco José María de la Concepción Varela y Morales. ¿Qué pudiera yo aportar de nuevo sobre el padre Varela? Mi intención no es decir algo que no se haya dicho, sino más bien, apoyado en su pensamiento, hacerles notar algunas cosas y aconsejarles en otras. De antemano les pido disculpas por mi osadía.

Cuando se habla del venerable padre, un tema recurrente es su amor por la Patria. El padre Varela fue elegido como diputado a las Cortes Españolas y aceptó ir en representación de Cuba, sin saber que no volvería a ver jamás a su amada Patria. A este gran cubano le tocó vivir alejado físicamente de su tierra natal. Pero nunca la olvidó y menos aún dejó de amarla. Su obra cumbre se la dedicó a la juventud cubana: «Cartas a Elpidio», previniéndolos de diluirse en la impiedad, el fanatismo y la superstición.

Hoy se me compunge el corazón, al ver el desamor y el desinterés que un número creciente de cubanos muestran hacia su tierra. Las palabras que pronunció monseñor Pedro Meurice, en su discurso de bienvenida al papa san Juan Pablo II en la plaza Antonio Maceo de Santiago de Cuba, poseen una completa

vigencia: «...le presento, Santo Padre, un pueblo que ha confundido la patria con un partido...».

El padre Varela, debería ser un ejemplo a seguir por todos los cubanos. Él, a pesar de vivir en el exilio, siguió amando a su nación. Vivió y sufrió en carne propia los abusos que cometía la Corona contra su pueblo y, sin embargo, no se rindió, no se dio por vencido, sino que luchó hasta el final. Como muestra de ello, en una de sus frases más conocidas, nos dijo: «*Desearía ver a Cuba tan isla en lo político como lo es en la naturaleza, (...) Cuba no debe esperar ya nada de España...ni de nadie, debe liberarse por sí sola (...)*» (Cf. periódico El Habanero I/1, Filadelfia 1824).

Mis hermanos en Cristo y compatriotas, que los abusos que se cometen contra nuestra nación no sean motivo de desesperanza ni desánimo, sino que sean motivo para luchar y hacer de nuestra Patria un lugar digno y libre como lo soñó el venerable padre Varela. Que a ejemplo suyo sepamos amar nuestro terruño y sintamos gran orgullo al decir: «soy cubano».

La Santísima Virgen de la Caridad y los Remedios, Reina y Patrona de Cuba, interceda siempre por su pueblo.♦



«Cuando sufre el alma de una nación, ese dolor debe convocar a la solidaridad, a la justicia, y a la construcción de la civilización de la verdad y del amor»

NOTICIAS

Una Palabra siempre viva



En el pasado mes de noviembre, entre los días 16 y 18, por ser el mes dedicado a las Sagradas Escrituras, en nuestra Arquidiócesis se efectuaron tres conferencias en torno a los libros sapienciales (Salmos, Job y Eclesiástico). Los conferencistas intercambiaron puntos clave de estos textos y su actualidad en este tiempo de pandemia. ♦

Nueva palabra de la RAE



La Real Academia Española (RAE) presentó en su última actualización del Diccionario de la Lengua Española el término «provida», definido como quien se opone al aborto inducido, a la investigación con embriones humanos y a la eutanasia. Ello como parte de la incorporación de las palabras más utilizadas durante el año en curso. ♦

Bayamo-Manzanillo ya tiene un cuarto de siglo



En el marco de los festejos por los 25 años de la Diócesis de Bayamo-Manzanillo, el pasado 13 de diciembre, durante la Santa Misa, el Obispo convocó a un Año Jubilar durante el cual los fieles podrán peregrinar a la Catedral para agradecer a Dios por las gracias concedidas durante este cuarto de siglo. ♦

El Papa convoca un Año de San José



Para conmemorar los 150 años de la declaración de san José como patrono de la Iglesia universal, el papa Francisco convocó el pasado 8 de diciembre un Año de San José, invitando a todos los fieles a que, «siguiendo su ejemplo, puedan fortalecer cotidianamente su vida de fe en cumplimiento pleno de la voluntad de Dios». ♦

PADRES Y MAESTROS

San Ambrosio de Milán obispo y doctor de la Iglesia

*«Señor, toma este corazón de piedra,
y dame un corazón de hombre:
un corazón que te ame,
un corazón que se alegre en ti,
que te imite y que te complazca.»*

(339-397) Obispo de Milán y mentor de san Agustín. De inteligencia clara, escritor fecundo e ilustre por su doctrina.

Sobre la amistad

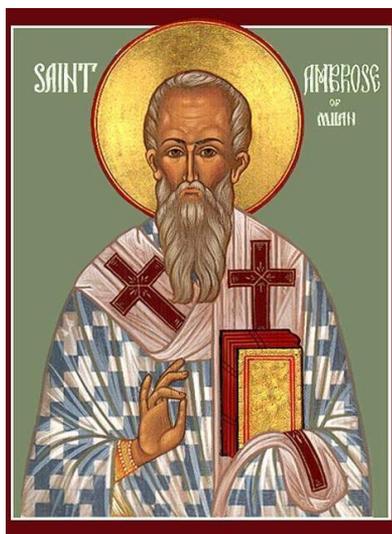
(Los deberes de los ministros, III, 124-135)

Sólo es digna de alabanza la amistad que favorece las buenas costumbres. La amistad debe preferirse a las riquezas, a los honores, al poder, pero no a la virtud; más bien, debe ella regirse según las reglas de la rectitud moral.

(...) Si descubres algún defecto en el amigo, corrígelo en secreto; si no te escucha, repréndele abiertamente. Las correcciones, en efecto, hacen bien y son de más provecho que una amistad muda. Si el amigo se siente ofendido, corrígelo igualmente; insiste sin temor, aunque el sabor amargo de la corrección le disguste. Está escrito en el libro de los Proverbios: las heridas de un amigo son más tolerables que los besos de los aduladores (Prv 27, 6). Corrige, pues, al amigo que yerra, pero no abandones al amigo inocente. La amistad ha de ser constante y perseverante en sus afectos: no cambiemos de amigos como hacen los niños, que se dejan llevar por la ola fácil de los sentimientos.

Abre tu corazón al amigo para que te sea fiel y te comunique la alegría de la vida. Un amigo fiel, en efecto, es medicina de vida y de inmortalidad (Sir 6, 16). Respétale como a otro yo, y no tengas miedo de ganártelo con tus favores, porque la amistad no admite la soberbia. Por esto dice el Sabio: no te avergüences de defender al amigo (Sir 22, 31). No le abandones en el momento de la necesidad, no le olvides, no le niegues tu afecto, porque la amistad es el soporte de la vida. Llevemos los unos las cargas de los otros, como enseñó el Apóstol a aquellos que están unidos formando un solo cuerpo por la caridad (cfr. Gal 6, 2). Si la prosperidad de uno aprovecha a todos sus amigos, ¿por qué en la adversidad no va a encontrar la ayuda de todos sus amigos? Ayudémosle con nuestros consejos, unamos nuestros esfuerzos a los suyos, participemos de sus aflicciones.

(...) En efecto, el Señor declara: os he llamado amigos porque os he comunicado todo lo que he oído a mi Padre (Jn 15, 14). El verdadero amigo, pues, no oculta nada al amigo; le descubre todo su ánimo, así como Jesús derramaba en el corazón de los Apóstoles los misterios del Padre.





*«La Navidad suele ser una fiesta ruidosa:
nos vendría bien estar un poco en silencio,
para oír la voz del amor.»*

Papa Francisco



Seminaristas  Hoy
Boletín del Seminario San Basilio Magno

BOLETÍN DEL SEMINARIO
SAN BASILIO MAGNO

DIRECTOR: Sergio Maceo / **EDITOR:** Eduardo Torres / **DISEÑO:** Ricardo Rodríguez
COLABORADORES: Dariel Hernández; Reynaldo Rodríguez; Jimmy Nieves;
Ricardo Rodríguez; Rodolfo Sánchez.
IMPRESIÓN: Departamento de Medios de Comunicación Social del Arzobispado de
Santiago de Cuba / **DIRECCIÓN:** Seminario San Basilio Magno, San Fernando # 154,
% Virgen y Callejón Santiago, Santiago de Cuba, CP 90100 (Cuba) /
Email: smaceosalcedo@gmail.com /  Seminaristas Hoy /  53 5 4804776